

# MITOLOGÍAS

LÁZARO SANTANA

## I [SUS PROPIOS FUEGOS]

**D**ido abastece la pira que hace levantar en uno de los patios de su palacio con materiales heterogéneos —pero todos ellos vinculados a su pasión por Eneas: las armas del troyano, sus vestidos, el mismo lecho conyugal. Esos testigos del ejercicio de la carne van a alimentar un fuego obstinado y vengativo: la llama final es tan sólo una metáfora, un símbolo punitivo para acoso de la memoria (Dido quiere que Eneas la contemple mientras sus naves se alejan, y que sea ésa la última visión que retenga de Cartago y de su reina —él culpable del fuego, fuego del todo inútil salvo, quizás, para ese fin;

porque hay otros fuegos: todo el libro IV de la *Eneida* está recorrido por una marea de fuego que impulsa Dido: en su amor por Eneas, aquélla reconoce «las huellas de una vieja llama», llama en la que, de nuevo, «arde enamorada»; cuando la fusión de los cuerpos se consuma, «brillan los fuegos» en el aire de la cueva en la que ella y Eneas se habían guarecido de la tempestad provocada adrede por Juno, precisamente para que ocurriera el apareamiento; cuando Dido se entera que su amante ha ordenado equipar los navíos para proseguir viaje a Italia (Júpiter le ha recordado su destino inapelable de fundador), trastornada «recorre encendida la ciudad», amenaza a Eneas con «llenar de fuego» su campamento, y jura perseguirle con «negras llamas»; una «llama enloquecida» —la mujer enamorada— penetra los 705 versos de Virgilio; su furor destructivo contagia a hombres y a dioses;

por eso, cuando finalmente Dido se arroja a la hoguera, aquellas llamas no la afectan: ya había sido devorada por sus propios y más terribles fuegos.

## II [LAS PALABRAS TERRIBLES]

Camino por una franja de arena quemada, la circundan algunos árboles; bajo el verde precario, están un balneario y un bar, ruinosos y desiertos; en la terraza un altavoz esparce el sonido metálico de una canción: la voz es rítmica y obstinada, como la percusión precisa de un piano mecánico. El mar está inmóvil: las olas, atrapadas en su propia sal. Intentas hundirte,

pero el agua densa te rechaza: flotas de cara a la luz, los brazos a lo largo del cuerpo, complaciéndote dudoso en la ingravidez. Te dejas lamer por la viscosidad aceitosa del agua: este mar parece un claustro materno. Enfrente están los montes azules y grises de Galilea; los más pardos de Samaria; invisible, en otra orilla del norte, el Jordán vierte su caudal dulce en este mar salado. Esos nombres. Cierras los ojos; oyes tu sangre —que lleva el mismo quieto ritmo de las aguas: tanto sosiego y tanto sol. Sin embargo, aquí ha vuelto el Hijo del Hombre (¿se ha marchado alguna vez?); su voz gutural suena cuando una ráfaga de viento estremece los árboles de la orilla, o hace entrecrocarse los aros metálicos de los toldos de lonas desgarradas: áspera como el filo mellado de un cuchillo, esa voz reitera que ha traído la guerra y no la paz. Este lugar desierto y roto, con sólo tu presencia extraña entre las aguas, es testigo de la certeza de sus palabras terribles.

## III [LA FE]

Se lo conocía principalmente como ladrón, pero ésa era en realidad la menor, aunque no la menos productiva, de sus actividades: *también* asaltaba aldeas, quemaba las chozas de adobe y cañas, violaba y asesinaba a sus habitantes; la parte substancial del botín era siempre la suya; y si algún compinche miraba de reojo durante el reparto, lo hacía escarmentar ejemplarmente: le cortaba las manos, le extraía los ojos, y en las heridas echaba sal. Era, en definitiva, un ser frío y desmedido: no tenía escrúpulos ni experimentaba remordimientos: parecía que en cada ocasión ejecutaba con toda inocencia y fidelidad un trabajo burocrático indispensable para la buena marcha del negocio —y del mundo, en general.

Aquel hombre *tenía una seguridad*: la de que salvaría su alma; los jueces, a su debido tiempo, le condenarían por sus crímenes; pero su alma inmortal no se hundiría en el polvo gris del infierno. Un mago caldeo, de paso por la aldea donde él nació, un pueblito sin nombre, próximo a Belén, se lo había pronosticado: precisamente en el momento de su muerte, si se mostraba convenientemente arrepentido, y eran convincentes su fe y sinceridad al reconocer y aceptar la verdadera identidad de su compañero de calvario, éste le condonaría todos sus

delitos y, aquella misma tarde, entrarían juntos en el reino de los cielos. Con esa contundente amnistía prometida para todos sus actos ¿qué podía detenerle?

#### IV [LA ÚLTIMA PRESENCIA]

Cada cuerpo tiene su olor. La materia que muere para que el olor exista es siempre la misma; pero en cada cuerpo parece que esa muerte sucede de manera distinta, o que, al menos, las consecuencias que se desprenden de ella no son iguales. El olor actúa como marca estrictamente personal: nos define, nos individualiza: crea en torno nuestro un aura identificadora, un espacio propio que señala nuestra presencia inequívoca. Nosotros no percibimos nuestro olor, pero nos hace ser percibido. A veces ponemos máscaras al olor, pero es inútil: bajo ellas los otros nos adivinan. Estamos vinculados a nuestro olor como a nuestra sombra. El olor nace de nuestra más irreductible intimidad, y nada puede borrar esa seña identificadora, como nadie puede modificar el itinerario que siguen las rayas al cruzar la palma de la mano: no sólo nos señala, sino que igualmente vaticina nuestra mala o buena fortuna: un mal olor nos despega de la gente, un buen olor nos aproxima a ella. El olor nos precede y nos continúa; e incluso cuando el cuerpo ha muerto, el olor nos sobrevive. En los rincones de la casa, entre las sábanas desoladas, en el ropero: allí está, animal encogido y menesteroso, huérfano, sin nadie que lo atienda. Hasta que alguien albea y deja entrar en aquellas estancias un aire y una claridad nuevas, que no nos ha conocido, y quema o regala nuestra ropa. Cuando eso ocurre —y ocurre, indefectiblemente— desaparece con el olor nuestra última presencia en la tierra.

#### V [EL SUEÑO]

Fedra denunció a Teseo el acoso continuo a que, según ella, la sometía Hipólito para obtener sus favores sexuales. Todos sabemos que Fedra mentía: era ella quien hostigaba, vanamente, a Hipólito con ese mismo fin. Fedra había procedido como mujer despechada, y, más aún, como hembra inútil: la rabia le hacía perder el control cuando pensaba que aquel

sexo —que ella veía iluminado por un duro esplendor cuando Hipólito, desnudo, se entregaba al frenesí de los juegos gimnásticos— era saboreado únicamente por la lengua de Virbo, un joven esclavo de palacio, y no por la suya propia.

Después de muerto Hipólito (de la manera ya conocida: asustado por un toro, el caballo que lo conducía al destierro lo derribó, golpeándose su cráneo contra las piedras del camino), Fedra soñaba cada noche con él; en ese sueño, el miembro viril del muchacho penetraba en su boca y la desgarraba. Al despertar, por la mañana, Fedra, con la mirada aún satisfecha por el placer obtenido, limpiaba con la punta de la sábana unas gotas de sangre sujetas en el vértice de sus labios.

Teseo, finalmente, descubrió la verdad de lo sucedido y mandó ejecutar a Fedra. La mujer sintió perder su sueño, no su vida.

#### VI [LA MUERTE DEL PADRE]

La muerte del padre había sumido a la madre en una interminable desolación; en el rostro demacrado brillaban vivísimos los ojos azules y jóvenes cercados de zonas negras; el cuerpo enlutado había enflaquecido, encorvándose; cuando caminaba parecía arrastrarse como un vacilante garabato negro. Los hijos la veían vagar a diario por el Jardín, revolviendo nerviosa los arbustos; sobreentendían que su madre esperaba encontrar bajo ellos alguna huella del ser querido que acababa de perder, y que la sola tierra que allí había su dolor. Cada encuentro infructuoso le provocaba un débil quejido y unas lágrimas rojas, pero el fracaso no la hacía cejar en su búsqueda. Los hijos temían que su madre perdiera la razón, y procuraban distraerla de aquella tortura llevándola a pasear a lugares distintos que no tocaran su memoria; pero ella volvía obstinada al Jardín y reanudaba su exploración en los arbustos. Los hijos no entendían nada —pensaba desesperada la madre; sentía infinitamente la muerte del marido, si bien el motivo de su búsqueda frenética no era encontrarlo; estaba en sus cabales y sabía que la muerte separa sin remisión los cuerpos. Por eso, lo que esperaba hallar entre las ramas eran otra serpiente y otra manzana.